

Recordar, compartir, aprender

Logroño

Marisa Gómez Beroiz, 69 años

Saida Esteve Puch, 21 años

RELATO DE UNA VIDA CONTADA

Marisa Gómez es una mujer nacida en el 40 que se mantiene fresca y estupenda, una mujer cariñosa y agradable, entusiasta, que ha vivido mucho y que tiene una gran fuerza vital.

Marisa a través de un concurso que nos ha puesto en contacto, me abre las puertas de su pasado y me brinda la oportunidad de proponerme un reto tan apetecible como buscar las mejores palabras para inmortalizar lo que me cuenta.

En nuestra primera cita paseamos por la ribera del Ebro mientras nos vamos conociendo, hablamos un poco de cada una para poco a poco deshacernos de la calificación de desconocidas.

Encontramos un banco, tan útil como podría haberlo sido cualquier otro, para comenzar a rescatar el pasado. La memoria, siempre subjetiva, pocas veces es rigurosa y tiene cierto vicio de desorden, pero quizá esto sea una virtud o al menos un encanto.

Poco a poco se va creando un escenario, ya lejano en el tiempo y circunstancias pero que se vuelve cercano gracias a la voz de esta mujer que habla con pasión.

Recorremos juntas sus comienzos. En el 42 de la Ruavieja nació Marisa, una casa con un precioso mirador que aún se conserva intacta; ella misma lo pudo comprobar hace unos años de la mano de su querida madre que le relató todos los detalles de su más tierna infancia.

Me habla de su familia, unos padres trabajadores y cariñosos, pero siempre fuera de casa trabajando para a duras penas acabar el mes sin seguir sumando deudas. Marisa, una niña obediente y bien mandada, se esforzaba por no dar problemas y ayudar en aquello que hiciera falta. La casa y cuidar de los hermanos pequeños era algo habitual.

También me habla del abuelo, con algo de pena y mucho cariño. Era una gran persona y la quería (era su preferida) pero tenía la mala costumbre de acercarse demasiado a las botellas rellenas de alcohol y asustaba a su nieta bromeando desde el balcón con un vecino “¿A ver quién de los dos llega antes abajo?”.

Me cuenta detalles, situaciones que van aflorando en su memoria. Todo era distinto, las cartillas de racionamiento, siempre insuficientes; el estraperlo, la censura... como niña, recuerda que había muchas cosas que no comprendía.

Revive aquellos días en que iba a la tienda de alimentación en la que siempre tenía que dejar a deber; “¡menuda vergüenza pasaba!”, me dice.

Me sorprende lo que me cuenta sobre las monjas y el colegio al que iba. A las pobres criaturas las animaban a llevar un garbanzo o una piedra en el zapato para agradar a Dios. “A más daño mejor a los ojos de Dios”, le decían y Marisa siempre tan dispuesta seguía su consejo.

También me cuenta cómo eran los castigos. El más conocido y humillante consistía en colocar unas orejas de burro a la susodicha y hacerle recorrer todas las clases del centro con semejante tocado. A Marisa nunca le tocó llevarlas pero sí acompañar a alguna compañera... y aún se estremece al recordarlo.

Había una evaluación por mes, las notas se leían en voz alta y se adjudicaban las bandas (una especie de imperdible con medalla) a todas aquellas que tuvieran sobresaliente. Para las que habitualmente lucían la banda que un mes les privaran de ella era totalmente bochornoso. Posiblemente, a estas alturas hayáis adivinado que Marisa casi siempre lucía banda.

Aquella niña estuvo llevando cada mañana una comba que las otras niñas le quitaban y luego dejaban tirada; ella no se quejaba, callaba y esperaba. No es de extrañar que las monjas le recomendaran que siguiera el mismo camino que ellas.

Sin embargo las aspiraciones de Marisa eran otras, veía la escasez que había en casa y toda su ilusión era poder ayudar económicamente. A los 12 años se lo planteó a su madre, que la apoyó y ayudó.

Empezó como aprendiz con una modista conocida de sus padres. Dos años más tarde se enteró de que necesitaban personal en una industria de sobres y se presentó al examen sin decírselo a nadie. Los nervios merecieron la pena porque superó con éxito tanto el examen escrito como el de manipulación y consiguió el puesto. Durante largo tiempo compaginó la costura con el trabajo en la fábrica, incluso se llevaba tarea para casa. Recuerda con ilusión su primer sueldo, entonces semanal: ¡49 pesetas!

Así se pasaron lo que ahora llamamos años adolescentes, trabajaba de lunes a sábado y el domingo se iba al cine con sus amigas y de paseo a espera de que algún chico la acompañara. Solía tener suerte con los pretendientes, aunque ella siempre marcaba distancias, las monjas habían hecho un buen trabajo.

A los 17 años tuvo su primer novio, un chico resultón del que ella pasaba y que acabó por no cumplir sus expectativas; después le siguió un amor fugaz, un chico gracioso que conoció en unas fiestas...pero que duró poco. Tiempo después conoció al que sería su marido por muchos años y el padre de sus cinco hijos.

Resulta enternecedor escuchar a Marisa hablar de ellos, para ella son sin duda el mejor regalo que Dios ha podido darle en esta vida. Releo con atención palabras que Marisa ha escrito y publicado, hablan de sus ganas por visitar la casa en la que nació, el amor por su ciudad, la ilusión por la llegada de los nietos, la pena por la partida de su madre... Esas cartas al director de La Rioja están rebosantes de sentimientos, en ellas además de narrar hechos y describir inquietudes o alegrías Marisa nos muestra su visión de la vida, su filosofía.

Podría fácilmente seguir escribiendo hasta completar muchas páginas de la mano de esta mujer tan auténtica, pero hay que saber cuando se acerca el final y éste parece que ya ha llegado.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

“Alguien me pide que haga el balance de mi vida. Ha sido tan normalita que ¿a quién puede interesar? Bueno ¿Por qué no? Es mi vida y sólo tengo ésa.

Si a mis casi 69 años pongo en una balanza penas y alegrías... el peso sería equilibrado. Nacida en el aún existente nº 42 de una vieja calle con solera de mi querido Logroño. ¡Cuántas veces me veo plantada delante de esa fachada! Son mis orígenes.

En mi vida ha habido muchas carencias...pero en lo que yo valoro he sido afortunada. Me he sentido querida por mis padres, mis hermanos, tíos y abuelos. También por mi esposo a su manera. Ahora, viuda, respetada y querida por cinco buenísimos hijos y diez nietos que tantas alegrías me dan. Estoy en mi cuarta edad, ahora puedo disfrutar como nunca de mi tiempo y a Dios gracias disfruto de buena salud, a pesar de mi aneurisma, menisco roto, trombosis, artrosis y varias “osis” más. Son fieles amigos inseparables, que no me impiden tener una buena calidad de vida.

¡Ahí me tienen! Que con mi bici surco los paseos y parques del Ebro, que cuando nado me parece estar volando, que cuando pinto me relajo tanto que me olvido del tiempo. Y que disfruto la gimnasia como una adolescente...

Aunque en amargos momentos haya pensado lo contrario, siempre digo: ¡Gracias, mi Dios, por todas esas pequeñas maravillas que son la sal de la vida y que yo disfruto en plenitud. Te doy y daré gracias cada día de mi vida por haberte conocido y por tantas bendiciones, sobre mí y los míos, derramadas.

Si de algo me siento orgullosa es de haber transmitido a mis hijos los valores que yo recibí. Como alguien cantó ¡Gracias a la vida que me ha dado tanto!”.